

---

# La alegría de vivir la fe

---

*Renata Maria Rodrigues*

Todos tenemos nuestros modelos de referencia que nos muestran un norte. Mi mamá, sin duda ninguna, ha sido en mi vida una luz muy brillante que me ha iniciado en la experiencia de Dios. Después de ella vinieron muchos otros que fueron apareciendo en mi vida conforme escogía mis propios caminos. Personas que me enseñaron mucho y me acompañaron con amor y mucho respeto. Es como si yo tuviera ángeles de la guarda ayudándome a caminar. Esta es mi primera gracia recibida.

Para poder reflexionar sobre mi compromiso como cristiana debo necesariamente hacer una retrospectiva histórica. Los valores cristianos siempre han estado muy presentes en el seno de mi familia. Desde los primeros años de mi adolescencia participé de grupos de jóvenes cristianos. Poco a poco nos fuimos acercando a la dura realidad de la pobreza extrema, los asentamientos, las pésimas condiciones de vida, familias que migraban del campo a la ciudad buscando una vida mejor. A la vez descubríamos la Teología de la Liberación, una visión de Jesús que luchó por el amor entre los hermanos y por la justicia. Bajo la inspiración de un Dios que es Padre y que nos invita a la construcción

de un reino de amor y justicia, con una opción preferencial por los pobres, nos involucramos con las comunidades de base, trabajando con niños y jóvenes. Como todos sabemos, un compromiso lleva a otro y la realidad nos va empujando a asumir nuevos retos. Como dice el poeta; uno va haciendo camino al andar, y a partir de mis experiencias en grupos cristianos, la educación ha surgido en mi vida como un camino, un compromiso de fe y de transformación de la realidad. Hice una opción consciente al escoger la educación como un medio a través del cual creía poder aportar a la construcción de una sociedad distinta. Otra gracia recibida.

La realidad marca, toca, sensibiliza a cada uno de nosotros, de manera distinta, pero siempre nos transforma, nos llama, nos impulsa a reflexionar y a actuar. Pero hay otro elemento importante que también contribuye a la construcción de cada uno. Es el encuentro con personas profundamente significativas. He tenido el privilegio de ser tocada por varias a lo largo de toda mi vida. Paulo Freire ha sido una de ellas. Desde la lectura de sus libros tan comprometidos con una propuesta educativa revolucionaria hasta poder ser su alumna en la Universidad y conocer un hombre cristiano tan profundamente coherente, lleno de sabiduría y con una humildad no muy común en el mundo de la academia. Ha transmitido inspiración para muchos y para mí también, porque no confesarlo. No puedo dejar de mencionar que mi experiencia a lo largo de doce años de mi vida con jesuitas y obras educativas de la Compañía de Jesús en Centroamérica me ha dado pauta para crecer y fortalecer mis opciones de años atrás. He aprendido mucho con ellos, con su modo de proceder y la espiritualidad ignaciana. Las realidades y las personas nos enseñan y nos dan fortaleza para seguir, para escoger caminos y para tomar decisiones. Amar a una persona, casarme y formar una familia ha sido otra gracia en mi vida. Ser corresponsable de la formación de personas es un reto extraordinariamente difícil, que pone a prueba nuestra capacidad de amar, compartir, servir, entregarnos a otros. En una sociedad que valora el individualismo y “el espacio de cada uno”, la construcción de una familia y la convivencia comunitaria exige grandes dosis de amor y tolerancia. Como madre intento cotidianamente forjarme como persona que da ejemplo de valores cristianos porque creo que es nuestra práctica lo que marca y logra transmitir mística a los hijos.

Cada una de estas gracias me ha llevado a asumir retos. La vida nos invita constantemente a tomar decisiones y hacer opciones, las cuales están fundadas en criterios establecidos por nuestros fundamentos y principios. Mi opción de vida cristiana me conduce a escoger el camino de la lógica de servicio. Después de confrontarme con la realidad tan dura de los pueblos de América Latina, de tener experiencias significativas que me reafirman constantemente que no se puede quedar insensible frente a esta realidad, sólo me resta ser consecuente y trabajar sistemáticamente para ser coherente con tales retos. Bien, pero lo más difícil de todo eso es mantener una coherencia interna y externa. Es defender y hacer lo que se cree, dejando de lado comodidades, mezquindades, vanidades. Es un largo proceso de conversión personal.

Esta conversión personal es a la vez comunitaria, porque la Fe es comunitaria y se fortalece en comunidad. Creo firmemente que uno fortalece su fe a medida en que es acompañado y acompaña. Dejarse interpelar por el otro y participar de espacios de reflexión que nos cuestionen de manera profundamente cariñosa, contribuye a nuestro crecimiento personal y comunitario. Eso exige una apertura personal que tampoco es fácil lograr, pero necesaria. Pienso que hacemos discursos muy bien articulados pero que muchas veces no combinan con nuestra práctica. Hablamos de amor y nos cuesta decir buenos días a nuestros compañeros de trabajo, condenamos la injusticia social y somos injustos con los que dependen de nosotros, hablamos de tolerancia y somos completamente intolerantes con cualquier persona que no piense como nosotros. Así actuamos porque somos humanos y llenos de imperfecciones. De eso ya sabemos. Por lo tanto es importante fortalecer nuestras comunidades naturales como la familia, nuestro equipo de trabajo, el grupo de clases, los compañeros con quien vivo y comparto mis sueños. Es en este espacio que podemos aprender a ser mejores, a ser cuestionados lo cuán coherentes estamos siendo frente a nuestra vocación y opción de vida.

La Fe hace florecer lo mejor de cada uno y nos impulsa a dar pasos audaces. Optar por una vida cristiana comprometida con la transformación de nosotros mismos y de la realidad pasa por varios y distintos caminos: la construcción de una familia, la vida sacerdotal, ser misionero, ser un profesional comprometido, dando testimonio de amor en cada una de nuestras grandes y pequeñas tareas. Todos esos

caminos son profundamente válidos y complementarios. Hay una misión de servicio común que se construye en la interrelación de cada quehacer particular. Esta complementariedad en la misión me ayuda a iluminar mi concepción del papel de sacerdotes, laicos y laicas. Cada uno, a partir de su vocación, escogió entregas y caminos distintos, pero de ninguna manera incompatibles. Aunque presupone compromisos distintos nos necesitamos mutuamente para fortalecer nuestra misión. La pregunta fundamental es: desde donde estoy y soy, ¿qué puedo hacer y cómo puedo servir para contribuir de manera más efectiva a esta misión común?

No hay una única y acabada contestación a esa pregunta. Creo que la respuesta viene de la realidad, de nuestro contexto, dependiendo de lugares, tiempos y personas. Exige de nosotros nuevas formas de pensar y actuar, de abrir espacios que nos alimente espiritualmente, de un modo de proceder coherente con lo que creemos y profundamente creativo. Así como escogimos caminos distintos también cada uno de nosotros como laicos o sacerdotes tenemos necesidades particulares y nada que pasa tocando la vida del ser humano se resuelve con fórmulas y recetas, pero sí con principios, fundamentos y libertad para escoger. Comprender esta diversidad de experiencias, vocaciones y necesidades nos puede ayudar a trabajar en conjunto, a dar lo mejor y lo más de cada uno.

Como educadora he aprendido que tenemos que respetar y potenciar los talentos de cada quien. En cada lugar que me ha tocado trabajar, en cada comunidad de personas, en cada equipo de trabajo he descubierto personas con las cuales comparto ideales, soñamos juntos, intentamos ser coherente con lo que creemos (aunque a veces quedamos lejos...) y todos nosotros somos distintos. ¡Que bueno! También he aprendido que no siempre es fácil convivir con la diversidad. Muchas veces los proyectos no caminan porque somos profundamente intolerantes, o porque la lógica de servicio queda a un segundo plano. Este es un gran reto para todos: no perder de vista hacia donde queremos ir y con que lógica queremos llegar allá.

Para concluir, a pesar de todas nuestras fragilidades y debilidades, creo que la Fe debe ser vivida con alegría, con la alegría de quien anuncia y recibe una buena noticia. Esta "*llama*", que da sentido a nuestra vida y nos compromete, se alimenta de dos fuentes: el contacto constante con la realidad y tener siempre presente nuestro norte, la construcción de un reino de amor y justicia, dentro de nosotros mismos y a nuestro alrededor.